

Hasta que nos roben las estrellas

Por Laura Munch.

Con las luces exteriores apagadas, tanteo por el semioscuro césped en busca de un asiento óptimo para observar el espectáculo sobre mí.

Como un preludio, como un avance de la experiencia que ansía ser vivida, mis dos canciones favoritas de Loquillo se persiguen en el reproductor de música sobre el mueble del porche, llenando el aire de melodías que pivotan entre la bailable violencia y la melancolía alcoholizada.

Entre risas, consigo transportar una tumbona vieja y antropófaga hasta el camino de piedra que lleva a los coches aparcados sobre la grava. Justo en frente de nosotros, Venus nos observa con soberbia, sabiéndose más brillante que las estrellas que empalidecen ante su luz.

El listado de canciones sigue volcándonos su contenido, y ahora nos brinda una pieza de La Oreja de Van Gogh.

¡Mírame!

Con la estrella polar a mis pies...

En nuestro caso, esta nos guarda las espaldas, acompañada de un carro vacío que busca a su hija.

Las luces altivas parecen reproducirse y multiplicarse, hasta crear aparentes capas de espacio entre ellas. Infinito espacio. Sin embargo, este escrutinio trasciende aún más al plantearnos en voz alta las preguntas que hacen de nosotros la más mínima insignificancia.

Sólo olvidando nuestro ego podemos cuestionar: ¿y si somos nosotros los que nos encontramos colgando bocabajo? Observamos el cuadro puntillista anclado a nuestra cruel gravedad.

¿Cuántas de esas bolas de fuego no son más que reminiscencias lumínicas de un poderío calorífico ya fallecido? ¿Estamos vislumbrando, sin saberlo, el fin de la existencia?, ¿o son nuestras suposiciones de distancia y tamaño inmensamente erróneas?

Coreamos a Luz Casal con cantos serenos y desinhibidos, tranquilos ante el espeso desfile de la noche.

Y de noche... y de noche,

Por no sentirte solo,

Recordarás...

Con las manos alzadas, reproduciendo vagamente los movimientos de la película, me parece que casi puedo atrapar las estrellas entre los dedos. Casi. Y, sin embargo, la luz se me escurre indomable y vuelve a imponer a mi estómago la insalvable distancia con mi presa.

Lejos. Tan lejos.

Más de lo que podría llegar a imaginar, aunque la imaginación es poderosa, y tan desbordante como el universo en expansión que desborda a la nada, y reta a esta en una batalla que aún no sabe que está perdiendo. Al fin y al cabo, la inercia es temporal, pero hasta la muerte es eterna.

El "Milindri" le quita hierro al asunto caminado por la vida, y hace que se respire mejor, que el aire no pese tanto contra mi pecho, y más tarde nos muestra una mayor contención, más madurez...

*Tú piensas que la luna estará llena para siempre,
Yo busco tu mirada entre los ojos de la gente.*

Completamente tumbada, y con la vista desenfocada, las estrellas parecen desaparecer un momento, antes de corregir ese desenfoque lo justo para que expanda mi visión hasta su cénit, en un impulso hambriento y de avaricia de poder estirar mi dominio sobre todo el negro que pueda.

Ya llevamos un buen rato quietos, embelesados, y puedo notar cómo el frescor de la noche de verano ha enfriado la piel de mis piernas expuestas, hasta un punto que podría considerarse incómodo, de no ser porque en esa situación se trata de un añadido más a la experiencia, y me hace consciente de mi condición ante los astros.

Mis pensamientos se ven confirmados por M-Clan.

"¡Esta sí que sí!"

Siempre me he preguntado por qué todas las canciones sobre el espacio son tristes, pero nunca me respondo, porque es una pregunta retórica.

Ya sé la respuesta.

El espacio es frío, solitario y nostálgico. Su belleza reside en la tragedia sin fin que cuenta, que mata a la luz, el viento y la vida en un perpetuo quinto acto, en unas perpetuas últimas páginas de incesante destrucción que se repiten una y otra vez a lo largo del libro.

La atracción a su romanticismo, puede incluso que al masoquismo que implica entregarse a él, dejarse envolver por sus brazos fríos y alargados... se ven acentuados por el punto de misterio que aviva las llamas de la curiosidad humana. Curiosidad que, si no vamos con cuidado, nos consumirá en un incendio.

¡Pero qué delicia arder en la satisfacción!

Por ello, esa tristeza sorda tiñe la noche con una capa más de significado, otra vía de pensamiento y otros cientos de preguntas que, por incapacidad de responderlas o por miedo a lo que estas pueden revelarnos, dejamos que se eleven en el aire, ondulen entre sus corrientes hasta escapar de nuestro alcance, y se unan a los astros en su lejanía.

Casi nunca es el momento adecuado para respondernos lo realmente importante.

He visto una luz.

Hace tiempo Venus se apagó,

He visto morir

Una estrella en el cielo de Orión

[...]

Soy un cowboy

Del espacio azul eléctrico.

A dos mil millones de años luz

De mi casa estoy...

Nuestro hermano parece a salvo, y el azul del cielo es de un vulgar tono oscuro, carente de la magia colorida de la canción, pero con otro tipo de magia, más solemne y más viva, impregnada en su simple presencia, y lo que esta nos provoca.

Siempre nos ha gustado mirar hacia arriba.

A estas alturas, ya he sorprendido a cinco estrellas fugaces acariciar la atmósfera de la Tierra. Su visión me proporciona júbilo y satisfacción, y puede que me sienta un poco engreída por haber acaparado la experiencia- a pesar de que otras personas también hayan chillado y señalado al espacio ahora vacío con una sonrisa soñadora-, de observar su breve vida pasar y acabar como el impacto de una bala contra la carne.

No me molesto en pedir un deseo cuando veo una. Simplemente procuro explotar la sensación al máximo y dejar que la borrachera de la felicidad me aligere un poco la cabeza.

Escudriño un poco más las lucecillas más humildes y tímidas, que apenas se dejan ver. Hasta ellas están envueltas de un halo de rojo, amarillo y blanco que hace destacar su puesto en el cuadro que desborda el marco por todos lados que hay sobre nosotros.

Suelto las pesadas cadenas de la emoción para que esta me recorra y estremezca, y agradezco a la nada el poder estar en ese momento, el poder mirar a un cielo estrellado rodeada de la gente a la que quiero y canturreando buena música, con el frío mordisqueando mi piel y una sensación de pesada liberación en el pecho que da vía libre a mi mente y a mis ojos para ir más allá.

Poco a poco me voy concienciando de que tengo que levantarme e irme a la cama. Mañana hay que madrugar. Sin embargo, antes permito a la última canción de la noche concluir con suavidad mi estancia a la intemperie, aunque me estoy planteando simplemente dormir allí.

Noches de bohemia y de ilusión,

Yo no me doy a la razón...

Navajita Plateá trae consigo la recompensa de una búsqueda ya olvidada al comienzo de la indagación del firmamento.

“¡La Vía Láctea!”

Efectivamente, ahí se encuentra nuestro hogar, algo emborronado por los residuos lumínicos de nuestros alrededores. Es como una pequeña neblina, una nube de sueños extraviados que atraviesa el cielo hacia un lugar desconocido, arañando un poco (solo un poco) la tela negra del universo.

La blanquecina bruma formada por millones y millones de bolas de fuego indiferentes, y que nuestros imperfectos ojos no pueden reproducir siquiera en el reflejo en nuestros iris brillantes por la ilusión, continúa su camino por encima de la casa, extendiéndose a un fin que la primitiva tecnología de mi tiempo jamás me permitirá ver.

Todo es maravilloso, liviano como una idea benévola y amable.

Aun así, no puedo evitar sentir una emoción indeseada en el fondo de la garganta, o una nostalgia inexplicable al observar la noche extenderse hasta un horizonte amarillento.

Por muchas estrellas que me parezca que haya, es muy posible que mis anteriores vidas lloren por el manto ahora deshilachado y hecho jirones. La promesa de una cortina mareante de

astros superpuestos se ve desplazada de mala manera por lo que ahora parecen un simple puñado de puntos desperdigados y abandonados sin miramientos.

Un pensamiento, pequeño pero insistente, martillea mi cerebro en busca de atención: se trata de la idea de que estas vistas son efímeras. Se trata del saber que, si volviera a la finca donde, años atrás, descubrí lo que de verdad era el cielo, probablemente me encontraría con algo distinto. No "muy distinto"; distinto a secas es suficiente para que un ardor desagradable picotee los bordes de mi corazón.

Las luces artificiales pueden llevarnos a una segura familiaridad, puesto que los más jóvenes nos hemos criado con carteles de neón y autopistas plagadas de farolas. Sin embargo, si no recordamos que las luces más allá del alcance de nuestros dedos o nuestra tecnología es la que realmente nos enamora, corremos el riesgo de no sentirnos mal siquiera cuando ahogamos del todo las estrellas.

Corremos el riesgo de sentir que no perdemos nada.

Hasta ese momento, sin embargo, quiero disfrutar en grandes cantidades de lo que otros se privan, y acumular, con codicia, tras mis retinas, el gran regalo que es un cielo lleno de estrellas, preguntas, reflexiones y magia.

Reconocimientos a todos los artistas cuyas canciones se han mencionado en este texto (en orden de aparición):

Loquillo y los Trogloditas

La niña que llora en tus fiestas – La oreja de Van Gogh

Un año de amor – Luz Casal

Caminando por la vida – Melendi

Con solo una sonrisa – Melendi

Llamando a Tierra – M-Clan

Noches de bohemia – Navajita Plateá

Reconocimiento a Pedro Almodóvar por la referencia a su película *Tacones lejanos*.